

CORDOBA, ESPIGA DE LA ESTIRPE ANTIOQUEÑA

Monseñor

RAFAEL GOMEZ HOYOS

Hace 11 años, al conmemorar el siglo y medio de la batalla de Pichincha, inauguramos en este Salón de los Grandes de América, la efigie del General José María Córdoba, en óleo obsequiado por el Vicepresidente de la Sociedad Bolivariana de Colombia, Roberto París Gaitán, noble cultor de la Patria, de Bolívar el Padre, y de los Héroes que con él brillaron en aquella "constelación de cíclopes" que cantamos en el Himno Nacional.

Ahora, en el año del Bicentenario natalicio del Libertador y en esta fecha que recuerda una vez más la batalla que puso término a una de las más gloriosas epopeyas de la historia, erigimos en el pórtico de este santuario el busto de quien fue el indiscutible autor de la victoria. En ella, según la estrofa de Pombo,

Nunca se dieron más solemne cita
la generosidad y la bravura,
nunca escribió la libertad bendita
página más cabal, brillante y pura.

Debemos este obsequio a la generosidad y gentileza de la Sociedad Bolivariana de Antioquia, presidida por el historiador Javier Gutiérrez Villegas que, en compañía de selecto

grupo de dignatarios, han querido honrarnos con su gratísima presencia. Nunca sobrarán los homenajes al ínclito guerrero que cruzó por los cielos de América —en su breve peripecia vital de 30 años— como un deslumbrante meteoro. Porque Córdoba se movió con tanta agilidad y con tal afán de gloria y de servicio, que es el único militar de Colombia la Grande que —después de Bolívar— estuvo presente en todos los territorios y en todas las campañas donde se luchó por la libertad de nuestros pueblos.

El origen del Héroe — ínclita espiga de la estirpe antioqueña— y de los donantes, me impulsa a mi su compatriota, a tocar un tema que apenas ha sido brevemente esbozado. En libros y ensayos se ha insistido profusamente en su fulgurante carrera militar y su valor intrépido, en sus méritos de varón civilista sometido a la justicia republicana, en su belleza apolínea, en su sentido de la dignidad y del honor. Parece entonces justo realizar algunas notas características de su egregia personalidad y de sus patrones de conducta que hallan explicación, en buena parte, en su génesis racial, es decir, en su antioqueñidad.

Luis López de Mesa penetró, con la profundidad y lucidez que en él fueron habituales, en el milagro de aquél grupo de familias vascongadas y asturianas, extremeñas y andaluzas, perdidas en riscos inaccesibles, aisladas por extensas selvas de la única comunión que es el río Magdalena, las cuales, “así tan pobres y solitarias, guardaron la lumbre de indeficiente aspiración a la remota cultura madre de que su ideal se nutrió casi por instinto”. Y este pueblo indomable mantuvo siempre su vocación a ennoblecer su destino a pesar de signos tan adversos. Para el erudito sociólogo son cuatro los fundamentos que con toda razón explican la futura grandeza de la lejana y olvidada provincia. La religión, la lengua, el cabildo y el hogar, salvaron a aquéllas gentes de caer en la salvajez que las amenazaba. El primer fenómeno consiste en “la vigorosa vitalidad de cristianismo, ahí guardado tan ferviente y puro que asume vislumbres de patriarcado bíblico, casi a lo Beni-Israel”. Dentro de aquella sencillez de la fe, de las costumbres y de la piedad honda y sincera, se conservó el idioma castellano “en una pureza encomiable y rico, con esa donosura y abundancia de léxico que más tarde habrían de enorgu-

llecer la obra literaria de Marco Fidel Suárez, Tomás Carrasquilla y Antonio José Restrepo". El cabildo, que guardó un derecho consuetudinario y un ideal de justicia digno del Alcalde de Zalamea, representó la autoridad local, digna y respetable, preocupada por el procomún de la región. Y el hogar, arcón de virtudes y relicario de tradiciones, conservador de la lengua, de la religión y de la honradez, fue escuela maravillosa de trabajo y estímulo constante a la lucha y al progreso. La misión del varón que lo obligaba a empresas mineras, agrícolas y comerciales con largas ausencias y fracasos no infrecuentes, decidió en la organización familiar una nueva especie de matriarcado. La madre antioqueña la mujer fuerte de la Biblia, según exacto comentario de Jaime Sanín Echeverri, tuvo que tomar decisiones cotidianas en ausencia de su marido, alternó las labores del bordado y de las artes manuales con el manejo de la hacienda, acompañó a las mujeres de sus trabajadores en el trance del parto lejos de todo recurso científico, afrontó los accidentes de las caballerías en aquellos empinados caminos sembrados de cruces y de peligros, tuvo voz de mando, guarda de dineros, disposición de enseres y decisión última en materias de entidad. . . . Ahí la garantía del hogar era testimoniada porque noche tras noche, desgranando con uñas desgarradas la mazorca de maíz, amarillo montaña, como la señora con gesto igual recorría las cuentas de la camándula, los hijos y los peones, sus mujeres y sus vástagos, respondían en coro las interminables avemarías del rosario por el padre ausente.

José María Córdoba nació y creció en el seno de una de estas familias, asentada primero en el Real de Minas de Nuestra Señora de la Concepción y luego por el lapso de seis años, en San Vicente. "Los dos sitios son de la jurisdicción de Rio-negro. Ambos tienen el mismo temperamento que su cabecera; son minerales y tierras muy quebradas, de manera que apenas tienen siembras y todo se introduce de afuera. Su vecindario es muy corto, pero tienen Cura". Así reza el breve informe del Visitador Mon y Velarde. El padre, don Crisanto de Córdoba, es pobre y busca en el lánguido comercio la forma de atender a su numerosa familia, pero la mala fortuna lo acompaña y vivirá en medio de deudas que atribulan su espíritu y le infunden pesimismo. Su madre, doña Pascuala Muñoz y

Castrillón, mujer de trágico destino, se enfrenta con fortaleza heroica a las dificultades y desgracias y será la formadora del carácter de los dos Córdoba. De ella aprende José María las primeras oraciones y recibe lecciones de entereza y coraje; libremente recorre a pie y a caballo por breñas y montañas y visita las minas donde escucha el diálogo monótono de patronos y peones y los refranes del pueblo que más tarde aplicará a situaciones difíciles; se duerme al arrullo de los viejos romances castellanos saturados de aventuras y leyendas guerreras, y oye los cuentos de duendes y endriagos —en la cumbre de su gloria militar pedirá que le envíen de su casa el *libro de Duendes*— que avivan su imaginación y le infunden vagos sueños de grandeza. José María aprende a vivir riesgosamente su mocedad, como presintiendo todo lo que este aprendizaje le habría de servir en sus futuras campañas.

En 1811, cuando ya la familia se ha radicado en Rionegro, don Crisanto es comisionado para llevar a Cartagena el auxilio de 40.000 mil pesos con destino a la defensa de la ciudad. Invita entonces al muchacho de 12 años que se ofrece a compartir con él las durezas y peligros del viaje por vías intrasitables, sembradas de bandidos. Fue esta una experiencia que dio temple al carácter del futuro soldado. En efecto, poco tiempo después, cuando apenas cumplía los 15, y cuando ya había aprovechado el magisterio de Caldas y Serviez en la escuela de ingeniería en calidad de cadete, se une con el grado de subteniente a la columna *Conscriptos de Antioquia*, que marcha al sur en auxilio de las tropas republicanas. Para lograrlo, tiene que vencer la abierta resistencia del padre, temeroso de perder su trabajo y la ayuda económica, pero en cambio cuenta con la complicidad y las bendiciones de la madre que adivinaba el futuro glorioso del hijo más querido. Desde entonces hasta el momento de su trágica muerte, su vida fue un batallar que no conoció tregua ni reposo.

En el conjunto de su fisonomía moral lucen con singulares destellos las virtudes familiares a las cuales rindió homenaje constante, en medio de su agitado vivir. A la distancia, entre los fragores de la guerra, irradia para él, como un lucero, la silueta de su madre que lo estimula con su amor y su confianza; la del padre que exige y alienta; la del hermano menor que a su ejemplo sigue la carrera militar, lo acompaña en los

peligros y se esfuerza por imitarlo; las de las hermanas, que dan ternura y dulcedumbre a su temperamento proceloso. El calor humano y vital, moral y religioso que emana de su familia, significa para aquél varón apasionado y tierno a la vez, viajero permanente, cortejado por la curiosidad amorosa de mujeres, admirado por los jóvenes y envidiado por los rivales, un refugio acogedor, dispuesto para recibirlo en sus breves visitas, calmar sus heridas y fortalecer su ánimo para nuevas aventuras hazañosas. Resulta conmovedor seguir en sus cartas escritas desde Santafé y Popayán, Cartagena y Panamá, Quito, Guayaquil y Lima, Cochabamba y La Paz, el torrente de afectos que se desborda en expresiones que guardan todo el sabor de la infancia. "Adiós, madrecita, cuente siempre con los brazos y todo, de su hijo que es a usted a quien más quiere, de quien más se acuerda, y a quien desea más servir". Desde Turbaco, al terminar su campaña del Magdalena, deja escapar esta magnífica expresión: "Mi alma no concibió miserias, mi alma es muy grande y conozco mis deberes: el más grande es ser digno hijo". A su padre, que lo urge a obtener del Libertador un cargo público lucrativo, en tono franco le advierte: "A los que más amo, a los que más quiero, a los que más respeto, hablo con más claridad". Desde Panamá, antes de salir para las campañas del sur, le escribe estas hermosas frases: "Padre mío, emprendí la carrera del honor, la carrera de la gloria; la fortuna me ha favorecido en ella y apreciando su favor, la seguiré hasta que ella misma me detenga. Sirvo a mi patria y conseguiré algún honor para toda mi familia. Encomiéndeme al Todopoderoso para que, protegido después de destruido el tirano de nuestra patria, vaya a descansar en el regazo de mi familia". En plena derrota del Santuario y en medio de su infinita angustia, le grita a su hermano Salvador: "Vaya a consolar a mi pobre madre". Vivió urgido por los apuros económicos y afanado por la ayuda a su familia y el pago de las deudas adquiridas por ella. Y se derramaba en lluvia de cariñosas expresiones al enviar regalitos y recuerdos a sus parientes que en él veían al más generoso protector.

El caudillo indómito que se enfrenta con valor temerario a todos los peligros, no olvida las añejas devociones religiosas de su pueblo y su familia, y a ellas se acoge con piedad de

niño. Al escribir al coronel Salvador en 1828, siendo ministro de guerra, le puntualiza todos los peligros que se presentan con la invasión de los peruanos, agravada por la revolución de Obando, y termina con este encargo, brote del más genuino antioqueñismo: "Qué tremendo impulso traerán! Qué miedo tengo! Jesús me ampare! Dígale a mi madre que le ofrezca una *novena* a Santa Ana y una *Salve* a San Antonio, para que nos saque con bien". "Espero en Dios, tengo esperanza en Dios, confío en Dios", son frases que se desgajan continuamente de su correspondencia familiar. Al escribir a la novia lejana, cuyo recuerdo lo consuela, termina con esta petición conmovedora: "Adiós, no te olvides de rezar por mí". Todo esto es señal inequívoca de la fe religiosa que siempre lo alumbró, aun en medio de los apremios y urgencias que lo embarcaban en la dirección de la última, fatal campaña. En efecto, testigo autorizado nos dejó el siguiente relato: "El Ilmo. fray Mariano Garnica habitaba en un edificio que confrontaba con la casa del coronel Córdoba, donde estaba el general. A las siete de la noche de ese mismo día 15 de octubre, se trasladó éste a la habitación del prelado, llevando la cabeza descubierta; tal así como el que se dirige a saludar a su vecino. Nuestros lectores presumirán cuál fue la conferencia habida entre el dignísimo obispo y el noble héroe que pertenecía a una raza esencialmente católica. De presumir es, pues, que pensase en el inminente peligro que amenazaba su vida y por ende, en su preparación para morir". El varón cristiano buscaba en el seno de la Iglesia la paz de su conciencia, porque había cumplido los compromisos que le impusieron los tiempos, pero sin perder la visión indeclinable de la eternidad.

En el afán de superación intelectual fue Córdoba verdadero modelo. Sus contemporáneos se admiraron al observar cómo el indómito soldado luchaba también con libros e ideas. "Tenía mucho talento natural —escribe Posada Gutiérrez—, era estudioso, aprendió a traducir bastante bien el francés; su lectura favorita, que muchas veces hacía conmigo, era la de las *Vidas de los hombres ilustres*; también estudiaba geometría con Carujo...". Conociendo las fallas de su primera deficiente educación se preocupó por hacerse con una cultura general, poniendo en ello todo el empeño de su férrea voluntad. Previendo su destino, también comienza a interesarse por

los principios políticos y en sus escritos de los últimos tiempos ya se van delineando con precisión los perfiles de una política nacionalista, en un proceso lento de maduración que nos descubre la fuerza y agudeza de su ingenio. Cobró tan grande afición a los libros, que, como en los casos de Bolívar y Santander, los llevaba en sus campañas para estudiarlos en los campamentos y posadas. Al escribir a su hermano Salvador desde Popayán, se lamenta de haber dejado su equipaje en Esmeraldas y lo reclama con estas frases que nos pueden asombrar al conocer la elegancia del uniforme con que solía presentarse: "Sabe usted que mi decantado equipaje nunca vale nada, pero mis libros y mis papeles me hacen una notable falta".

Su instrucción en el arte militar fue también fruto de constantes empeños. Es él sin lugar a dudas el único granadino que se empina, arrogante y señero, no sólo por sus cualidades de bravura y valor, sino también por sus concepciones estratégicas y su sentido táctico. Su progreso en esta materia crece a medida que asciende en su carrera. En 1819 envía a Santander desde Rionegro un *Reglamento* sobre el cuerpo secreto de espionaje que puso en ejecución durante la campaña libertadora de Antioquia. Al mismo Vicepresidente le reclama: "La táctica que he enseñado a mi batallón es la de Anguiano, y ésta no trae la formación del cuadro; aguardo que usted me mande ésta. Acuérdesese que me ofreció la de cazadores y no me la ha mandado". Durante el largo sitio de Cartagena ocupa sus ocios en la disciplina de su batallón y en el estudio serio de tratadistas militares. Acosa a Santander por el envío de instrucciones y planes extractados de tácticas españolas y francesas y afianzadas en sus propias experiencias: "Incluyo a usted —le escribe nuevamente— un otro modo de desplegar la guerrilla por los llanos que me ha parecido capaz de su ejecución en todos los terrenos". Por donde quiera que pasa, va dejando la huella de su espíritu organizador y sus preocupaciones reformistas. Cuando ocupa la Subsecretaría de Estado Mayor, o sea el secretariado del ministerio de guerra, reforma los reglamentos militares y propone la creación de un Estado Mayor científico de tipo moderno. Luego aprovecha el breve desempeño de la cartera de guerra para proponer medidas de evidente trascendencia. Sus campañas más

brillantes y sus famosas cargas —principalmente la de Ayacucho— fueron el efecto de concepciones bien meditadas. No dejaba de quejarse de la oposición surgida de envidiosos rivales, “sin duda porque los he tratado con la mayor consideración y política; y porque les he exigido, cuando han estado a mis órdenes, el cumplimiento de sus deberes y he procurado que en sus cuerpos se observe una exacta disciplina y que las tácticas de maniobras se observen perfectamente, cosa que muy pocos conocen”. Su competencia le impulsaba a criticar acerbamente a los superiores ineptos y a manifestar descontento con operaciones mal dirigidas. Pero cuando llegaba a actuar con jefes de la capacidad de Sucre, se coordinaba con ellos en forma admirable y con singular éxito. No es, pues, el militar pragmático y arrojado, sino el que aspira a manejar tropas y dirigir campañas y batallas inspirado en tratados militares y en el estudio de los grandes capitanes, que, como Napoleón, fueron imitados por él, incluyendo, naturalmente, a Bolívar.

Cuanto al idioma patrio, en él se cumple a cabalidad la máxima de que el estilo es el hombre. Su prosa es enérgica como su carácter, y viva como su genio, salpicada a veces de fina o mordaz ironía. Su lenguaje, usado con propiedad y riqueza de términos, tiene músculo y nervios. Las ideas se le atropellan en la pluma como en la mente. No se detenía —no tenía tiempo para ello a peinar la prosa. La vida que en él fluye a raudales se diría que riñe con cualquier alambicamiento estilístico. Escribía, como actuaba, con prisa. Pero en su forma —algunas veces gramaticalmente incorrecta— bronca y dura, con sonido de trompeta, encontramos ideas y sustancia, vigor y densidad. Su estilo huele a pólvora, tiene perfil de lanza y sabor de bayonetas lubricadas. Maneja con gracia el tono jocosos y familiar, pero también sabe dar a la expresión, llegado el caso, acento severo y seriedad oficial, y a veces cierta entonación lírica. Hasta de sus cartas familiares se escapan con frecuencia frases de brillante contenido ideológico. Las citas que hace a vuela pluma de hechos y personajes antiguos, indican que poseía buen conocimiento de la historia. En ocasiones, aun en comunicados oficiales o en partes de batallas, sus descripciones están salpicadas de finas

metáforas que dan a las cláusulas frescura y viveza. Sus proclamas están calcadas sobre el modelo de las escritas por Bolívar, enérgicas, breves, estimulantes, apasionadas.

Después de la batalla de Boyacá, Bolívar pone la mirada en el Jefe de Estado Mayor de la División de retaguardia, mandada por Anzoátegui y lo nombra Comandante de la División destinada a libertar a su querida provincia nativa, cuando aun no había cumplido los 20 años. En rápidos movimientos que desconcertaron a las autoridades españolas, el Teniente Coronel ocupa a Marinilla, a Rionegro, Medellín y a la ciudad de Antioquia, nombra a Don José Manuel Restrepo gobernador civil y restablece las instituciones y las rentas. Siguiendo los ejemplos de Bolívar y conocedor de la importancia de los cabildos que habían sido el organismo jurídico y político en el cual cristalizó la Revolución de 1810, reformó los ayuntamientos de Medellín, Rionegro y Marinilla, nombrando sujetos de conocido patriotismo y consideración. Igual actitud asumió al libertar la ciudad de Mompós, en su campaña del bajo Magdalena. Y cuando en el cenit de su gloria, tras el triunfo de Ayacucho, recibió de Bolívar la corona de laurel de oro ornado de piedras preciosas, obsequio de la Ciudad de La Paz, el joven héroe desde aquellas lejanías volvió la mirada a su país nativo, a "las virtudes y patriotismo de ese pueblo adorado de mi alma", y en emocionada carta remitió la corona del triunfo al cabildo y a la ilustre municipalidad de Rionegro. El recuerdo de su Antioquia entrañable, con todo lo que ella significaba—familia y tradición, suelo y paisaje— lo había guiado en su camino de grandeza. Nos dejó así el claro testimonio de que la virtud más alta y más profunda en el hombre es la fidelidad íntima a los dictados de la estirpe, la vinculación a la raíz del árbol familiar que para levantar su ramaje bajo el cielo iluminado, debe antes hundirse, en proporción exacta, en la penumbra misteriosa de la tierra. A esa misma patria nativa, a sus gentes e instituciones políticas acudirá en septiembre de 1829, a pedir ayuda en su empresa revolucionaria, después de hacer entrega de la comandancia general del Cauca y como desenlace lógico de su crisis intelectual y sentimental, paralela a la crisis de Colombia, Antioquia recibió al hijo glorioso con prudencia y con mesura, entregó a su varonil empresa

sus mejores reservas juveniles que con él perecieron en la única batalla perdida, y recogió sus despojos, estremecida de dolor y desconuelo.

En su mundo afectivo ocuparon sitio de honor sus amigos, para quienes reservó delicadas expresiones y actitudes. La gratitud —florescencia de almas nobles y signo de probidad mental— le inspiró actos y palabras que a veces llegaron al límite del sacrificio heroico. La lealtad con sus superiores fue otra constante de su espíritu, hasta el punto de que en el cortejo de los aduladores de Bolívar, la voz de Córdoba fue, con la de Sucre, la única que resonó con acentos de reproche, de censura y de consejo para decirle verdades amargas en defensa de la misma gloria del jefe amado y de la dignidad de otros próceres de la república, como Santander, y para salvaguardar el decoro del gobierno y la estabilidad de las instituciones públicas. Como supremos ideales políticos proclamaba “la justicia, recta y rigurosa, la igualdad legal y un gobierno fuerte y fijo”. Pudo repetir con énfasis la frase que lanzaba como un reto a sus rivales malquerientes, sin que nadie pudiera contradecirle: “Jamás he intentado preferir mi interés particular al del servicio público”.

Hay otra faceta de su figura moral que merece destacarse, en estos tiempos en que nos es dado padecer tantas claudicaciones en el culto de la riqueza, fácil e injustamente adquirida, consistente en su acrisolada honestidad y delicadeza en el manejo de los caudales públicos, en su desprendimiento y pobreza. Acaso esta honrada pobreza haya inspirado la frase del Libertador, quien solía decir con hiperbólica generosidad: “Córdoba es el único militar honrado que conozco”... También había escrito de él frase en verdad glorificadora: “Córdoba es un hombre muy hombre”; y cuando se ventilaba su causa en la Corte Militar, escribió a don Estanislao Vergara pidiéndole su asistencia, “porque los justos son pocos”.

Tuvo, quien lo niega— defectos humanos, y grandes. “Quién es el sol sin eclipses —se pregunta Gracián—, el diamante sin raza, la reina de lo florido sin espinas?” Su carácter áspero y violento, fuerte e intransigente, franco, con franqueza que llegaba a ser agresiva e insultante, son productos de su origen montañés y fruto de su temprana experiencia militar.

Hijo de la guerra, y de la guerra a muerte llevada en Venezuela en los peores días de las represalias españolas, trajo a la Nueva Granada, pacifista y tranquila que sólo había sufrido la crueldad de Morillo, de Sámano y Enrile en los cadalsos de las ciudades y en el sitio de la lejana Cartagena, un estilo de violencia que en un principio desconcertó a sus compatriotas. El orgullo que irradiaba su personalidad radicaba en su exitosa carrera, debida únicamente a sus méritos y no a influencias de familiares y amigos, en la absoluta soledad de su grandeza. Pero tuvo el valor moral de reconocer sus errores y se esforzó por dominar la dureza de su carácter. "V.E., sabe- escribía a Bolívar comentándole el castigo dado al sargento Valdés cómo se extravía la razón por la fuerza del acontecimiento. V.E., me dirá que esos momentos son los que un hombre debe evitar. Así lo hago yo, y aquel hecho me fue muy sensible cuanto puede serlo un sentimiento". Y al mismo Libertador hacía confesión de su intransigencia en materia de disciplina militar: "Yo no conozco la política o el disimulo en el servicio, o tal vez soy por mi genio injusto y arbitrario".

La historia ha sido justa con el Héroe. Posada Gutiérrez pensaba que Córdoba tenía su semejanza con Alcibíades. Y escritores de diversas tendencias lo han llamado el Marte colombiano, el Alejandro, el Aquiles, el Efestión. "Combatientes estatuarios como Córdoba —afirma López de Mesa, no sin un tinte de hipérbole retórica— hicieron palidecer las hazañas de la epopeya antigua, y sus sombras en el Tártaro deben de sonreírse de las fanfarronerías de Homero y de Virgilio". Durante mucho tiempo, hubo gentes que reconocían sus méritos indiscutibles. Pero cuando al final de su existencia se presenta el revolucionario vencido, el supuesto ambicioso y el presunto amigo desleal de Bolívar, un gesto displicente y lastimero, una sonrisa un tanto despectiva y un interrogante sin respuesta inmediata satisfactoria —¿por qué la sublevación de Córdoba?— viene a ensombrecer un poco la admiración al héroe; y la mirada y el pensamiento quisieran alejarse con horror de la sangrienta tragedia del Santuario.

Pero no debemos olvidar que la historia suele ser escrita por los vencedores, y que un movimiento revolucionario vencido no recibe los aplausos de sus contemporáneos. Se necesita el transcurso del tiempo que decanta y purifica los aconte-

cimientos y la aparición de documentos desconocidos que dan perfiles más exactos y prestan nuevas dimensiones a las frustraciones históricas.

Al estudiar con ojo crítico la insurrección de Córdoba a la luz de documentos abundantes que han aparecido para iluminar con fúnebres resplandores los últimos días del Libertador y de Colombia, vemos que su postura no fue el fruto del orgullo herido o de amargos resentimientos —sin que pueda excluirse totalmente esta influencia psicológica— sino el efecto de reflexiones patrióticas y la búsqueda de mejor porvenir para su patria, la nación granadina, que era el centro geográfico e intelectual, demográfico y político de la gran república de Colombia. Este movimiento no fue improvisado, sino que se fue incubando en una lenta y dolorosa gestación y en un angustioso contrapunto que no se han valorado en sus justas proporciones. Este terrible dilema que atormentará su espíritu durante largos meses, y que aflora en las reflexiones hechas a sus corresponsales más íntimos y se transparenta en su correspondencia oficial, está claramente planteado en la carta escrita al Libertador desde Popayán, el 30 de diciembre de 1828, después de haber dispersado las fuerzas facciosas de Obando y López: "Mucho, mucho pienso en mi marcha otra vez al Perú. Vuestra Excelencia está en una balanza, Colombia y mis intereses todos, en la otra; están en equilibrio, pero las circunstancias decidirán".

El contenido nacionalista del pensamiento político de Córdoba que inspiró su rebelión, empieza ya a perfilarse a partir de Ayacucho que selló la independencia de América, cobra fuerza en los días siguientes a la conspiración septembrina y se define a mediados del año de 1829 ante los acontecimientos que se precipitan en el Sur. Los numerosos manifiestos y mensajes que escribió al lanzarse a la terrible aventura revolucionaria, no tiene el mismo valor y la fuerza convincente de los documentos privados en los cuales es dado seguir el proceso anímico del militar y del político, que sintió patéticamente en su conciencia la crisis que amenazaba a su patria a la muerte de Bolívar y el estrépito del derrumbamiento de las instituciones republicanas. De todos los escritos de esta etapa final, por los cuales sopla un gélido viento de muerte y de tragedia, el más impresionante es la carta a Bolívar, escrita

en Medellín el 21 de septiembre, que da singular relieve histórico a la figura del Bayardo colombiano y claros perfiles políticos de elevadas miras a su acción revolucionaria. Ni una palabra injuriosa se desprende de su pluma, ni una frase indigna de quien fue su amigo íntimo, colaborador y protegido, se desliza en aquel Memorial de Agravios, ni una cláusula deshonorosa para el caballero sin tacha y sin miedo. Con suma elegancia, no deja traslucir ni uno solo de sus resentimientos ni escapar frase de queja o amargura. La cláusula final de esta misiva es fiel expresión de las pasiones esquilanas que conturbaron con tanta intensidad a aquél varón, hecho para las tempestades: "No es mi ánimo atacar a V.E.; pero si se pretende atacar por la fuerza a estos pueblos a volver al yugo de un poder arbitrario que acabaron de romper, yo sostendré su libertad hasta con la última gota de mi sangre, aunque me sea muy doloroso dirigir las armas contra V.E.". Y esto, no obstante "la estimación, el afecto agradecido, el respeto y este singular amor que me animan hacia la persona de V.E."

En esta última carta salida de su alma Córdoba habló, como siempre, el lenguaje de la dignidad. Yo no sé si este caso se haya repetido en la serie histórica de las rebeliones, cuando un subordinado levanta sus armas contra el jefe admirado y querido. Los actos históricos deben juzgarse no sólo por sus resultados, sino también, y principalmente, por sus intenciones. La prueba de moralidad que en tales actos se exige, es la del desinterés personal. Pues bien, no tenemos derecho a atribuir a la actitud revisionista de Córdoba —ante la política dictatorial de Bolívar y los planes monarquistas de sus ministros—, la ambición, la soberbia, el resentimiento y el despecho, como motivación principal. Ni tampoco podemos estimar que su conducta fue el resultado de un espejismo de cálculo. El pensamiento republicano de Córdoba que brilla en todos sus documentos públicos y privados, bebido en las mejores fuentes —en el mismo Bolívar, en Santander y en Sucre—, se había acendrado con sus lecturas y vivencias, y quiso aplicarlo a su patria, reconstruyendo sus cuadros y salvándola del caos y de las ambiciones de extranjeros que ya surgían amenazantes ante la decadencia y próxima desaparición del Libertador.

Y al fin de cuentas, estas caballerías que no se ven aprestigiadas por el éxito y el triunfo inmediatos, merecen al menos el homenaje del respeto a la noble intención y al esfuerzo esperanzado en favor de una patria más grande y más libre.

Fue corta y luminosa su escala existencial. Subió por ella con heroicos pasos y ademán ardiente, quemado en la hoguera de la gloria, la libertad y la patria. Bella trilogía de amores que absorbió sus breves días, sin dar cabida al amor de la esposa y de los hijos. Pero la brevedad meteórica de su vida presta reflejos luminosos a su memoria, ya que, según la sentencia goethiana, un arco iris que dure un cuarto de hora acaba por no ser visto ni admirado. Fue Córdoba un soñador más, caído de bruces a los pies de la libertad.

Es muy justo que la patria de cuando en cuando repique las campanas convocando a sus hijos para celebrar las glorias de los que por ella se sacrificaron. Está bien que ante la turbulenta juventud de hoy —acaso hambrienta de heroísmo— levantemos la figura de José María Córdoba —el mejor regalo de Antioquia a la Nueva Granada y de ésta a la Gran Colombia y a la América— como una limpia bandera sobre nuestros horizontes espirituales. Tendrá siempre vigencia el pensamiento de Antonio José Restrepo: “De los recuerdos del pasado se forman las vidas nuevas, porque sin gratitud colectiva no hay estímulo para los sacrificios generosos, y sin ejemplos constantes de honor y de gloria al mérito abnegado, se amortigua en las nuevas generaciones el impulso hacia lo imperecedero en el cumplimiento del deber amargo”.

Gracias sean dadas a la Sociedad Bolivariana de Antioquia por el regalo magnífico que nos ofrece la ocasión, cada vez que nos acercamos a este templo bolivariano, de contemplar la efigie y evocar el recuerdo de quien en las alturas de la eternidad, puede dialogar dignamente, sin rubor y sin pena, con el Genio de América que fue su inspirador y su maestro en las lides por la gloria, por la patria, y por la libertad.